

brillaba. Era un brazaletes de pelo que René había dejado caer la última vez que estuvo allí. Lo cogió con viveza, y, examinándolo, vió á René en su imaginación como la había visto allí aquel día. Se quedó pensativo, y arrojó el brazaletes sobre la mesa.

—¡Otro en mi lugar (pensó), diría: Thévenin ha desaparecido; ya no puede molestarme, y René me pertenece!....

#### VIII.

René estaba bien cierta de que Roberto volvería á buscarla.

Le costaría una enfermedad si éste la abandonara de repente, ahora que ella se había entregado, y cuando creía estar segura de que él también la pertenecía. Pero esta idea no la duró más que algunos momentos. Estaba muy persuadida de sus propias fuerzas. En cuanto á Roberto, con la perturbación y embriaguez que le dominaban, no podía analizar nada, se sentía abrumado por una inmensa pena, y llegaba ésta á tal grado de intensidad, que hubo un momento en que creyó que iba á ahogarle. El pensamiento de que Thévenin no era ya un obstáculo á sus deseos, tomaba grandes pro-

porciones en su imaginación: hubiera hecho cuanto hubiera estado á su alcance por encontrarle, y, sin embargo, experimentaba algunas veces cierto placer en no verse ante él, escuchando sus reproches. Luchaba con su conciencia. Á medida que se alejaba de su imaginación el recuerdo de Thévenin, crecía más y más el recuerdo de René; se sentía como arrastrado hacia ella; deseaba volverla á ver, y se apresuró á ir á su casa, latiendo su corazón como en los primeros días de su amor. Sufría cuando no estaba á su lado; sin valor para dejarla, creía ahogar la voz de su conciencia, que le aconsejaba que la abandonase, diciéndose que quería conocerla mejor estudiándola, para condenarla más severamente si Thévenin no había mentido. Una ó dos veces cruzaron por su mente estos pensamientos, haciéndole mucho daño; pero se rehizo, y se reprochó estas ideas, más infames aún que su amor y su debilidad.

Al volver á verla, la locura se apoderó de nuevo de él; parecía aturdirse, rechazando el recuerdo del pasado, y no teniendo más que un pensamiento fijo: ¡su amor!

René le reprochaba su tardanza, evitando toda alusión á Thévenin, y repitiéndole constantemente que había empezado á vivir en el mundo al conocerle. Roberto no le preguntaba

nada de su pasado; no quería saber nada, importándole muy poco todo lo que pudiera haber de obscuro en él; parecía á un hombre que, corriendo á través de los campos, respirase el aire puro con toda la fuerza de sus pulmones, ebrio de voluptuosidad, y sin querer mirar atrás para no ver la huella que trazara en su camino. Aquello no se podía llamar amor; era más bien el somnambulismo del amor; cualquier cosa podía despertarle; pero entretanto se refugiaba en una alegría infinita y se entregaba frenéticamente á él. René tenía mucho cuidado de que no despertase de su letargo, y respiraba febrilmente aquella pasión. Veía con la alegría del triunfo, aquel alma que se la entregaba toda entera y aquellos infantiles delirios que la rodeaban con su llama, abrasando su corazón, al que á su vez le había llegado el momento de interesarse; veía con gusto que Roberto le pertenecía ya en cuerpo y alma. Él, olvidándose de sus propósitos y sus promesas de otras veces, así como de sus proyectos y de sus libros, se entregaba voluntariamente á aquella voluptuosidad, para apurarla hasta las heces; René creía que la pasión y el delirio aturdirían á Roberto. Se veía amada con tanto ardor por él, que levantaba la cabeza enorgullecida; quería combatir á un enemigo invisible; Thévenin. Pero como había hecho, por

decirlo así, un arma de su amante contra su marido, se la hacía ya enojoso el que las cosas tardaran en llegar al terreno que tanto la gustaba; el de la guerra. Mientras que Roberto se absorbía voluntariamente en aquella embriaguez, que no quería analizar, olvidando y como si se tapase los oídos para no ver y no oír, René se preguntaba si era oportuno el momento para empezar el combate.

Una tarde Roberto se separó de ella más preocupado y pensativo que nunca. Hacía más de un mes que le duraba el delirio de aquellos placeres. René, que había estado hasta entonces muy espiritual y cariñosa, pareció cambiar de fisonomía al mudar de pensamiento. Sus sonrosados labios palidieron, su diminuta boca se contrajo, y sus azules ojos lanzaban chispas de ardiente malicia. Deseaba destruir en el alma de su amante el juicio favorable que éste había formado de Thévenin; quería hacerle aparecer ante su rival tal y como ella le veía á través del gran odio que le profesaba. Esperó hasta entonces, dejando al amor el cuidado de hacer de Roberto su esclavo, y sin querer lanzar el primer dardo hasta aprovechar el momento oportuno. Creyó llegada la ocasión, y al otro día pronunció por primera vez delante de Roberto el nombre de Thévenin.

Éste la miró asombrado y como sin comprender.

Ella había pronunciado aquel nombre con una ironía evidente, con mucha habilidad, y como distraída, jugando con una borlita de lana de un edredón que Roberto la había visto comenzar.

Al oír aquel nombre en boca de René, él, que estaba sentado, se levantó, se fué á la ventana, é hizo que miraba á la calle. La verdad es que estaba lívido.

—¿Qué tenéis, Roberto? (dijo René.) ¿Os causa miedo el nombre de mi marido?

—¿Vuestro marido? (dijo, volviéndose.) Hacéis mal en hablarme de que estáis casada, René. Se me había olvidado ya.

—¡En ese caso, olvidáis muy pronto vuestras amistades! Porque, contestadme: ¿no erais dos amigos íntimos? ¿Pylades y Orestes, no es verdad?

Y adelantó ligeramente el labio inferior, en tanto que una coquetona sonrisa descubría sus blancos dientes.

—René (dijo el joven con frialdad), no me habléis jamás de Thévenin, os lo ruego; bien veis que yo no le nombro nunca.

—¿Es un reproche?

—De ningún modo, os lo juro; pero si la suerte ha querido que él deba aborrecerme,

no quiero darle el derecho de despreciarme.

—¿Es una sentencia? (dijo René): ¿y quién os ha dicho que os aborrece? ¡Qué niño sois! Guardaré para mí sola mis pensamientos y mis confidencias.

—Y haréis muy bien,— contestó bruscamente Roberto, tomando el sombrero y despidiéndose.

René sintió herido su amor propio al ver que se alejaba. Esto la hacía ver que era menos dueña de aquel corazón de lo que ella había creído, mientras que Thévenin imperaba en él por completo. ¡Thévenin! Decididamente iba á comenzar la guerra. Se hacía preciso.

El primer golpe había sido dado con poco tino, y, queriendo asegurarlo más en lo futuro, esperó con calma á una de las noches en que reunía en su casa á sus amigos, para dar principio á la lucha. Roberto asistía á estas reuniones siempre que le era posible. Hablaba con el barón Gueraud, el par de Francia, para estudiar de cerca á las gentes del poder. El señor Lehardy iba casi siempre acompañado de su hijo, que bailaba ó miraba á hurtadillas á René. Ésta hizo, con cierta maestría, que la conversación recayera sobre el matrimonio, sus deberes, sus penas, sus alegrías y sus decepciones. Con doloroso tono hizo una especie de confesión personal, conservando á Théve-

nin el pseudónimo del «señor de Gèvres», describiéndole como un hombre áspero y brusco, demasiado embebido en sus estudios para ocuparse de su mujer, convirtiendo la casa en una prisión. La cólera que la dominaba, unida al aborrecido recuerdo del pasado, la hacían casi elocuente. No se dirigía en su conversación á Roberto, aunque no hablaba más que para él. Se enternecía, se irritaba; su mirada sincera y su fisonomía animada parecían incapaces de mentir. El resplandor de las bujías hacía resaltar sus cabellos rubios. El señor Lehardy exclamaba de tiempo en tiempo: «¡Sois una mártir, señora!»

—¡Todas las mujeres son mártires!—añadía por lo bajo al oído del par de Francia, con un movimiento de ojos, que decía más que un diccionario de filosofía.

Pálido, hundido en su butaca, inmóvil y mordiéndose el bigote, Roberto Burat escuchaba. Á medida que hablaba René, lejos de sentirse conmovido por la compasión hacia ella, se alejaba más por la cólera y una violenta emoción que llegaba hasta el desprecio. ¡Era de Thévenin de quien ella hablaba así! ¡La desgraciada se condenaba á sí misma! Él no se atrevía á llamarla por su nombre.

—«¡Señor de Gèvres! ¡Qué bien sabe mentir!»—pensó para sí.

Y las palabras de Thévenin se presentaron á su imaginación amargas, secas, dolorosas, quejidos más bien que palabras, gritos sinietros largo tiempo comprimidos, y que dejó escapar un día delante de Roberto, sintiendo arder su garganta y crispase sus nervios. Mientras más René se lamentaba, humillaba y abandonaba á sí misma, sin darse cuenta de ello, más veía Roberto en ella su vanidad y su orgullo. Además, su aspecto era amenazador; hacía comparecer con insolencia al hombre que era su marido delante de un tribunal indiferente y propicio á condenar á quien no podía defenderse. Esta acción irritaba al joven. René no había comprendido el medio conveniente para dominar el corazón de éste. Arrepentida, Roberto la hubiera adorado quizá. Acusadora, después de haberla amado tanto, estaba próximo á aborrecerla.

El único que había hablado era el señor Lehardy, y su señora daba la razón á René. El par de Francia dijo que el matrimonio era la base del estado social. Tocó su turno á Burat. Se incorporó en su asiento, y, con un abandono afectado, jugando con la franja del sillón, dijo:

—¡Á fe mía, mi parecer es que se debe perdonar á un marido que ha sabido morir á tiempo! ¡Dejar en libertad á los oprimidos, es una verdadera virtud!

René fué la única que comprendió esta indirecta; recibió de lleno el golpe, pero tuvo valor para sonreír aún.

—El espíritu puede poco, desgraciadamente, y vuestro argumento, caballero, es puramente espiritual.

—¡Diablo! (dijo el señor Lehardy.) Es una cualidad volteriana.

—¡Ah! Siempre Voltaire (exclamó el señor Lehardy, hijo); tú hablas siempre de Voltaire, y todavía no he conseguido que me des la llave de tu biblioteca para leerlo....

—¡Es que tú lo leerías mal, y Voltaire no ha sido siempre irreprochable! (exclamó el padre.) Y.... yo me entiendo. Hubiera debido respetar esa gloria....: ya sabéis, señor Burat, esa gloria....

—Comprendido, — dijo el señor Lehardy, hijo, á media voz.

Roberto se sumergió de nuevo en negros pensamientos. No estaba en el salón, sino en el cuarto de Thévenin; le veía y se acordaba de aquella mañana en que el sabio y pensador había desplegado ante su vista sus trabajos con sus esperanzas, diciéndole: «¡Para mí el trabajo; para vos la gloria!» Después de esto, ¿qué había sido de aquel proyecto tan soberbio? El pacto hecho entre ellos, ¿debía ser indisoluble? ¿Quién lo había roto? ¿Por qué

aquel amor, por qué aquella mujer se interpuso entre aquellos dos hombres unidos por comunidad de ideas? René contemplaba la descompuesta fisonomía del joven; hubiera querido adivinar sus pensamientos; comprendía que en aquella muda reflexión había algo de siniestro para ella; veía que iba á perder la partida, y meditaba á su vez.... Hubo un momento de silencio. René no lo notó. El silencio continuó sin que ella se diera cuenta de ello.

—Ved (dijo entonces el barón Gueraud, en actitud parlamentaria y con la mano en el chaleco) qué peligroso es abordar ciertas cuestiones en la conversación familiar. La política,—y Dios sabe si la política es cosa terrible,—la política (inclinó la cabeza y suspiró antes de hablar), la política no es nada, ó es muy poca cosa, al lado de las cuestiones matrimoniales, eternamente debatidas y eternamente irresolubles. Todo el mundo,—y cuando digo todo el mundo, comprendo en estas palabras la mayor parte, casi la totalidad de la especie humana,—es, ha sido y será casado. —Esta cuestión interesa á todos. Es, por decirlo así, el alimento moral (y esta palabra está en la mente de todos). Se discute, y poco á poco, inclinados por una dulce é imperceptible pendiente, las reflexiones vienen á parar en un silencio general, cuando no se convierten

René fué la única que comprendió esta indirecta; recibió de lleno el golpe, pero tuvo valor para sonreír aún.

—El espíritu puede poco, desgraciadamente, y vuestro argumento, caballero, es puramente espiritual.

—¡Diablo! (dijo el señor Lehardy.) Es una cualidad volteriana.

—¡Ah! Siempre Voltaire (exclamó el señor Lehardy, hijo); tú hablas siempre de Voltaire, y todavía no he conseguido que me des la llave de tu biblioteca para leerlo....

—¡Es que tú lo leerías mal, y Voltaire no ha sido siempre irreprochable! (exclamó el padre.) Y.... yo me entiendo. Hubiera debido respetar esa gloria....: ya sabéis, señor Burat, esa gloria....

—Comprendido, —dijo el señor Lehardy, hijo, á media voz.

Roberto se sumergió de nuevo en negros pensamientos. No estaba en el salón, sino en el cuarto de Thévenin; le veía y se acordaba de aquella mañana en que el sabio y pensador había desplegado ante su vista sus trabajos con sus esperanzas, diciéndole: «¡Para mí el trabajo; para vos la gloria!» Después de esto, ¿qué había sido de aquel proyecto tan soberbio? El pacto hecho entre ellos, ¿debía ser indisoluble? ¿Quién lo había roto? ¿Por qué

aquel amor, por qué aquella mujer se interpuso entre aquellos dos hombres unidos por comunidad de ideas? René contemplaba la descompuesta fisonomía del joven; hubiera querido adivinar sus pensamientos; comprendía que en aquella muda reflexión había algo de siniestro para ella; veía que iba á perder la partida, y meditaba á su vez.... Hubo un momento de silencio. René no lo notó. El silencio continuó sin que ella se diera cuenta de ello.

—Ved (dijo entonces el barón Gueraud, en actitud parlamentaria y con la mano en el chaleco) qué peligroso es abordar ciertas cuestiones en la conversación familiar. La política, —y Dios sabe si la política es cosa terrible, —la política (inclinó la cabeza y suspiró antes de hablar), la política no es nada, ó es muy poca cosa, al lado de las cuestiones matrimoniales, eternamente debatidas y eternamente irresolubles. Todo el mundo, —y cuando digo todo el mundo, comprendo en estas palabras la mayor parte, casi la totalidad de la especie humana, — es, ha sido y será casado. —Esta cuestión interesa á todos. Es, por decirlo así, el alimento moral (y esta palabra está en la mente de todos). Se discute, y poco á poco, inclinados por una dulce é imperceptible pendiente, las reflexiones vienen á parar en un silencio general, cuando no se convierten

en una discusión completa. El proverbio está en lo fijo, y—permitidme esta digresión en el género humorístico—no se debe hablar de la sogá en casa del ahorcado, ni tampoco del matrimonio delante de quien sufre por una unión desgraciada; y, con los respetos debidos á vuestro sexo (inclinó la cabeza ante René y la señora Lehardy), os diré que creo que preferiría hablar de la sogá en casa del ahorcado. ¡Si he blasfemado, señoras, pido vuestra absolución!....

El barón Gueraux, que se complacía en finalizar siempre sus conversaciones con una frase diplomática, se retiró, saludando con galantería á la que él llamaba la señora de Gèvres.

Roberto iba á seguirle, y una seña de René le detuvo.

Quería hablar á solas con él.

Se quedó.

—¡Por fin nos quedamos solos! (dijo René al joven.) ¿Por qué me has hecho tanto daño?

—¡Oh! (respondió éste.) ¿Qué queréis? ¡Soy cruel, sí; me gusta que se respeten los recuerdos!

—¿Acaso he insultado á alguien al decir la verdad?

—¡La verdad!

—¿Quieres decir ahora que he mentado?—dijo ella.

—¡Escuchad, René; le odiáis demasiado!

—¿Á Thévenin?

—¡Á vuestro marido! (dijo Roberto con cólera, y como si aquel nombre le ahogara.) ¡Oh! Escuchadme: no coloquéis nunca ese nombre entre ambos. ¡Es mi remordimiento, sí, y para huir de él, huiré de vos!

René se aterrorizó al oír estas palabras.

—¡Huir de mí! (dijo, palideciendo.)

Dejó caer los brazos, como si le faltaran las fuerzas, y miró á Roberto con ojos espantados. ¡No la amaba!

—¿Habláis de huir de mí? (dijo.) ¿Dónde está, pues, vuestro amor?

—¡Oh! ¡Mi amor! (dijo con tono desesperado.) No hablemos de eso. ¡Mi amor ha sido grande y sincero!.... ¡Pero por encima de él, sabedlo, están mi amistad y respeto á Thévenin!

—¡Muy bien! (dijo ella, haciendo un gesto de cólera.) ¡Roberto, no me habéis amado nunca! ¡Me habéis engañado! ¡Pues bien: dejadme morir! ¡Ah! ¡Qué desgraciada soy!

Lanzó un desgarrador suspiro, y se retiró casi sin fuerzas y con la cabeza extraviada.

Roberto, inmóvil en su sitio, esperó maquinalmente. Al volver de su distracción, dió algunos pasos hacia el cuarto de René.

La doncella de ésta, que salía al mismo tiempo, le detuvo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UN

"ALFONSO REYES"

Año 1625 MONTERREY, MEXICO

— ¡La señora se ha recogido! — dijo.

El joven oyó esto como si hubiera oído un ruido cualquiera.

Después volvió bruscamente al salón, y se alejó.

Algún tiempo después, un nuevo, pero terrible pensamiento, le asaltó, haciéndole comprender que llevaba sobre sí un cortejo de amarguras, de emponzoñadores recuerdos y de cólera, que parecía querer desbordarse para destrozar su corazón. Pensaba entonces en su padre, en aquella casa entristecida por los disgustos, en sus primeras é infantiles impresiones. Veía los ojos de su padre, de pronto llenos de lágrimas, cuando el niño pronunciaba delante de él algún nombre querido. Parecía estar viendo al viejo Burat, encorvado, atizando el fuego de la chimenea, con la cabeza calva, y los párpados enrojecidos por el llanto; oía aquella voz, —silenciosa para siempre ahora,— y, acordándose de aquel profundo dolor, pensaba que quizá Thévenin sufría en aquellos momentos de igual manera, en algún rincón de París. Y una violenta rabia se apoderaba de él, al pensar que si Thévenin sufría, quizá era él la causa. Se maldecía por haber sucumbido. Después, perdiéndose sus reflexiones en ese dédalo de acontecimientos que le habían rodeado, se preguntaba si realmente era él el

culpable de todo. ¿La fatalidad que había aplastado al padre, no estrellaría al hijo?

La que había sido su madre, ¿no había jugado con la vida y la honra de Juan Burat, lo mismo que René con la de Thévenin?

¡Qué razón tenía él en temer su entrada en la sociedad! Había adivinado su porvenir, y los acontecimientos se sucedían tal y como él los soñó en su niñez. Estaba receloso, irritable y triste.

René, que tenía miedo de perderle, le había llamado. Volvió, como el ladrón va de nuevo al crimen, impulsado por la costumbre y la fatalidad que le persiguen. Pero agobiaba á René, sin poderlo remediar, con su humor sombrío. Desde hacía algún tiempo pasaba algunas horas, para distraer su mal humor, en la redacción de un periódico, en el que colaboraba, escuchando, sin tomar parte en ellas casi nunca, esas vivas discusiones que se entablan de ordinario entre los redactores. Cuando quería estar á solas con sus pensamientos, se quedaba en casa. Se había hecho amueblar una sombría habitación en la calle del Infierno. Algunos muebles de viejo roble, uno ó dos cuadros y muchos libros, era todo lo que la adornaba. Vivía allí tranquilo, y salía muy poco. Su criado tenía la consigna de no dejar pasar á los visitantes, que iban creciendo en